

Medio ambiente, educación, desarrollo

Marie Goutet*

Traducción de José Joaquín Andrade A.

Resumen

Me he apoyado para este trabajo en el campo disciplinario que me era familiar, el de la infancia –los modelos de desarrollo, el problema de la diferenciación de lo normal y de lo patológico, los roles del medio ambiente y de la educación–, y fui llevada a cruzarme con otros dominios que puedo englobar bajo el de la epistemología. Debo añadir que el conocimiento y la práctica del psicoanálisis tienen una innegable influencia sobre mi procedimiento. La primera etapa de mi reflexión se interroga sobre los modelos de desarrollo en psicología infantil; la segunda, sobre lo que he llamado los factores del desarrollo; y mi conclusión pretende ampliar el debate sobre las interacciones entre medio ambiente, educación y desarrollo.

Palabras claves: Psicología infantil, psicología evolutiva.

Abstract

I supported this work on the field that is familiar to me, that of childhood - the models of development, the problem of making a difference between what is normal and what is pathological, and the roles played by education and the environment- and was carried away to meet other areas that I may categorize as epistemological. I must add that the knowledge and experience I possess on the practice of the psychoanalysis influenced my methodology notoriously. The first part of my reflection questions the models of development considered in child psychology; the second one covers what I have called the factors of development; and my conclusion tries to expand on the debate around the interactions between environment, education, and development.

Key words: Child psychology, development psychology.

1. Reflexión sobre los modelos de desarrollo en psicología infantil

El estudio de las convergencias y divergencias entre estos modelos pone en evidencia una serie de preguntas con

múltiples respuestas que tienen que ver tanto con la definición como con las interacciones entre medio ambiente, educación y desarrollo. Por ejemplo, ¿cuáles son las relaciones entre lo fisiológico y lo psicológico, o entre el cuerpo y el espíritu? ¿Cuáles son los elementos que especifican a la persona humana? Desde un punto de vista más epistemológico, éstas son las preguntas: ¿cuáles

* Doctora en Psicología de la Infancia de la Universidad de París René Descartes. Profesora del Convenio Universidad París XII val de Marne-Universidad del Norte, Programa Maestría en Proyectos de Desarrollo Social.

son los fundamentos de la idea según la cual el niño sería más «simple» que el adulto? ¿Qué es la realidad? ¿Qué representaciones subyacen las dialécticas entre medio ambiente y educación, medio ambiente y desarrollo o incluso, educación y desarrollo?

1.1. A propósito del «niño modelo», A. Green :

¿De qué pueden servir las especies de inventarios que constituyen los modelos de desarrollo? Sobre este punto, hago mías las posiciones de A. Green, de las que extraigo los siguientes párrafos: «Que el hombre esté atrapado entre lo biológico y lo social, es una evidencia. En la edad adulta, la interacción y la imbricación de estos dos órdenes de factores crean organizaciones tan complejas que no se puede, con el análisis, más que constatar su entrelazamiento dialéctico, sin llegar a distinguir claramente lo que pertenece a cada una de las series en cuestión. La tentación es entonces grande de pensar que remontando el curso de la vida, el niño proporcionará un material de estudio en el que la separación de los factores será más fácilmente legible. Tal vez esto no es totalmente falso. Permanecemos, sin embargo, víctimas del prejuicio de que hay que ir de lo complejo a lo simple para elucidar, por la complicación progresiva, la complejidad del punto de partida. La ilusión reposa aquí sobre errores de juicio acumulados:

1) El estudio del niño se funda sobre la idea de que la complejidad del niño sería «reducible a elementos simples», por lo menos, a elementos más simples.

2) Permitiría identificar los elementos de esta simplicidad sui generis evitando el adultocentrismo. El adulto dejaría de ser prisionero de sus categorías mentales, descubriendo las categorías propias del niño.

3) Sería susceptible de proporcionar la clave de las categorías del adulto, que podría entonces ser comprendido como producto de la transformación de las categorías del niño, considerado en sí.

4) Tendría la ventaja, en la medida en que la modificación en el tiempo está intrínsecamente ligada a su status, de construir la génesis temporal que llenaría el vacío entre el adulto y el niño, y daría cuenta de la complejidad del adulto.¹

[...] La «simplicidad» del niño es un engaño, la formulación de categorías que hacen inteligible su ser, siempre ha nacido de la reflexión del adulto –no puede ser de otra manera [...] Buscar al niño directamente, significaría negar que es necesario primero que haya algo rechazado para saber lo que el rechazo debe rechazar [...] Este modelo de espejo se refleja en el postulado del procedimiento «desarrollista» que espera, multiplicando las etapas de la investigación, restablecer una continuidad falaz; mientras que le faltan los elementos teóricos que le permiten comprender el curso y el sentido de los cambios [...] En la medida en que la psicología o la sociología adoptan el comportamiento como referencia, están abocadas a una inadecuación fundamental [...] Es el peligro de todas las disciplinas que le agregan el prefijo psico- a su campo, en cuanto que

¹ A. Green. «El niño modelo», in *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, n°19, Gallimard, printemps, 1979, p. 29-30.

*siguen siendo psicologías de la «conciencia...»*²

Subrayo los puntos que me parecen pertinentes desde el punto de vista de la problemática que nos interesa: existe una heterogeneidad total entre el niño y el adulto, creer en la simplicidad del niño es un engaño, toda reflexión sobre el niño está marcada de adultocentrismo; lo que finalmente buscan los adultos a través del «conocimiento» del niño es su propia niñez, y entonces entran en el registro de la mitología –como cuando uno se inclina frente a los orígenes, el pasado y la historia. En el fondo, nos dice Green, la infancia no existe sino *a posteriori*, en lo que se llama «*autre coup*» en jerga psicoanalítica. Y sus críticas del «procedimiento desarrollista» subrayan que el psicoanálisis y la psicología verdaderamente no hacen buena pareja, incluso si la divulgación del primero ha jugado y juega todavía un rol de tutor y de garante respecto de la segunda. La búsqueda del «conocimiento» del niño obedece, en efecto, a objetivos ante todo educativos: en la medida en que se conoce mejor el desarrollo del niño, más se puede intervenir eficazmente a nivel de su entorno y de su educación.

1.2. Piaget y Melanie Klein

Una reflexión sobre los modelos de desarrollo lleva a formularse preguntas a la vez diversas y difíciles: ¿cuáles son las relaciones entre el soma y la psique,

o el cuerpo y el espíritu? ¿Qué es la realidad –y ¿cómo ubicarse en ella, cuando cada autor, o casi, propone una definición particular? ¿Cómo definir el funcionamiento del psiquismo y sus especificidades? ¿En qué consisten los procesos de socialización? O incluso: ¿Qué es la inteligencia? ¿Qué quiere decir educación? ¿Puede hablarse de instinto materno? Tomaré como ejemplo una de las preguntas más arduas, la que se refiere a la realidad; y he escogido para responder a dos autores cuyas posiciones son tan diferentes, por no decir opuestas, que rápidamente podremos apreciar la magnitud de nuestras dificultades: Piaget y M. Klein.

Para Piaget, la realidad hace parte de los datos objetivos de la experiencia que tenemos del mundo. La realidad objetiva existe como categoría *a priori* del entendimiento, y la tarea del niño consiste en reconocer poco a poco la existencia de esta realidad y pasar de una representación del mundo centrada en el punto de vista propio, a una representación del mundo objetiva, descentrada, relativizada. En este recorrido, el entorno familiar, social y cultural participa, en referencia una vez más a lo biológico, a título de los intercambios entre el organismo y el medio, y según la dinámica asimilación/acomodación. Si el bebé y el niño pequeño no perciben la realidad (sobreentendido, como nosotros), es que las estructuras del funcionamiento de su inteligencia (dice inteligencia, pero hay que ampliar a mental y psíquica) están ya sea no elaboradas, ya sea en proceso de elaboración. La

² Idem, p. 31.

descripción del desarrollo es la historia de esta construcción, sin que jamás sea cuestionada la noción misma de realidad. En fin de cuentas, ella existe, aun si no la he encontrado, y mi tarea principal, en cuanto niño que crezco, es lograr encontrarla.

Mientras que en M. Klein la misma realidad –o mejor, la realidad equivalente, acompañada a menudo del adjetivo exterior– aparece, a menudo, en un movimiento a veces paradójico, a la vez como palanca indispensable, como se dice, y como quinta rueda de la carroza. Cuando ella dice realidad, sin acompañamiento adjetivo, M. Klein habla de la realidad psíquica, la que verdadera y prioritariamente le interesa, como si la realidad exterior estuviera separada del bebé y del niño pequeño por algún tipo de pantalla opaca y resistente que la deforma. Para M. Klein, la realidad llamada objetiva es mucho menos un dato de la experiencia que una conquista arrancada en franca lid; expresamente, la lucha por la salud psíquica contra la enfermedad y, detrás de ella, la lucha titánica y mitológica entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte.

En la representación del mundo en el niño, Piaget tiene propósitos que no parecen del todo representativos de esta diferencia. En la introducción a la parte de la obra consagrada a lo que él llama el realismo infantil, escribe: «*Si la lógica del niño no logra el rigor y la objetividad, es a causa de un egocentrismo innato que se contraponen a la socialización. ¿Sabrá salir el*

niño de su Yo para construirse una representación objetiva de la realidad? A primera vista, el pensamiento del niño tiene todas las apariencias de una preocupación exclusiva de realismo»³. Piaget pone aquí, es verdad que en otros términos, y en otra perspectiva, la misma problemática que M. Klein, respecto del status de la realidad y los medios por los cuales el niño va a llegar allí. La prueba es la continuación de su texto: «*Pero hay dos maneras de ser realista, o mejor, hay que distinguir la objetividad y el realismo. La objetividad consiste en conocer tan bien las mil intromisiones del Yo en el pensamiento de todos los días y las mil ilusiones que de allí se derivan, que, para permitirse juzgar, se comienza por deshacerse de las trabas del Yo. El realismo, por el contrario, consiste en ignorar la existencia del Yo, y por tanto en tomar la perspectiva propia como inmediatamente objetiva y como absoluta. El realismo es, pues, la ilusión antropocéntrica, es el finalismo*»⁴. M. Klein traduce estas preguntas y estas definiciones al vocabulario de la patología: las mil intromisiones del Yo en la vida de todos los días y las mil ilusiones que de allí se derivan tomarán el rostro de las angustias de persecución y de la ruptura que caracterizan la posición paranoide-esquizoide, la no objetividad se expresa en la dinámica (a la vez de lo normal y de lo patológico) de la proyección. Puesto que, cualquiera que sean las justificaciones, tomar la perspectiva propia por inmediatamente objetiva y por absoluta

³J. Piaget. *La représentation du monde chez l'enfant*, P.U.F., 7ème édit., 1993, p. 31-32.

⁴ Idem, p.32.

corresponde a una definición del todo pertinente de la paranoia.

Lo somático, o más exactamente lo biológico, representa una de las referencias mayores del modelo de desarrollo de Piaget. Trátese de adaptación o de organización, y aun de la muy extensa definición que da de inteligencia, todo está relacionado con el funcionamiento fisiológico, él mismo comandado por lo biológico. Entre otras cosas, asimilación y acomodación son palabras del vocabulario de la fisiología. La «asimilación» se refiere al proceso de la digestión: *«Propiedad que poseen los organismos vivos de reconstituir su propia sustancia a partir de elementos tomados del medio y absorbidos por la digestión»* (Pequeño Larousse Ilustrado). La «acomodación» se refiere a los procesos de la visión: *«Modificación de la curvatura del cristalino del ojo que permite la formación de imágenes nítidas sobre la retina a partir de objetos próximos»* (Idem). Y tiene que ver igualmente con *«el conjunto de modificaciones morfológicas y fisiológicas no hereditarias que permiten la sobrevivencia de un ser vivo en un nuevo medio»*. La segunda referencia mayor es de orden filosófico: es el adulto. En una representación como la de Piaget, el niño se define por defecto como «un adulto-menor-tal-o-cual-capacidad». Desarrollarse es llegar a ser adulto. Esta referencia al adulto es tanto más interesante cuanto que al mismo tiempo Piaget pone entre él y el niño una diferencia que parece un abismo. Y si se pregunta cómo se puede llenar tal abismo, Piaget responde: gracias al desarrollo de la inteligencia. En jerga psicológica se diría que

el modelo de Piaget es adultocentrista.

Desde el punto de vista del uso que se puede hacer del modelo piagetiano, las referencias a lo biológico y al adulto tienen al menos las siguientes consecuencias. Por una parte, y de manera menos paradójica de lo que parece, tal representación del desarrollo excluye toda patología que no sea orgánica, y no se habla de patología sino en términos de disfuncionamiento. B. Inhelder ha dado excelentes ejemplos de esto en sus trabajos sobre los niños llamados débiles mentales, demostrando que no pasaban del estadio de inteligencia concreta, los menos afectados de entre ellos. Por otra parte, esta concepción reconforta el modelo de funcionamiento del adulto, y allí encontramos las críticas constructivas de Green.

Las referencias y los postulados de M. Klein son del todo diferentes, y abre-vio terriblemente. Ella pone como estándar de todo desarrollo la existencia de un conflicto innato, efectivo desde el nacimiento, entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte. Así pues, una referencia, vía lo innato, a una herencia psíquica; que funciona como la otra, la biológica, a la cual hace referencia, como Piaget, pero con objetivos diferentes. Por otra parte, lo que en Freud representa un cuestionamiento y una hipótesis después de una vida de trabajo y de reflexión, se convierte en Klein en el postulado fundador de sus investigaciones. Ella pone las pulsiones de muerte directamente en el origen de las pulsiones agresivas, y ve en el peligro que

emana del trabajo interior de las pulsiones de muerte, el primer determinante de la angustia. Este postulado fundador tiene otras implicaciones, igualmente importantes: obliga, en efecto, a considerar que el Yo dispone, desde el nacimiento, de un cierto grado de organización; en particular, que es capaz de hacer la distinción entre el interior y el exterior, que las primeras operaciones psíquicas y mentales serán defensivas, y que el desarrollo y el funcionamiento del bebé, del niño y del adulto están prioritariamente gobernadas por el conflicto entre las pulsiones de vida y las pulsiones de muerte.

Poniendo en perspectiva estos dos modelos, desde el punto de vista de nuestra problemática, se puede notar que nuestros dos autores, contrariamente a Freud o a Spitz, no consideran que se necesita un mínimo desarrollo fisiológico para que «emerja» lo psíquico, lo que pone la pregunta de las relaciones entre el cuerpo y el espíritu en términos de interacciones, pone al mismo nivel, por así decir, lo innato y lo adquirido, y privilegia las interacciones entre el ser y el medio en detrimento de las «influencias» del medio ambiente.

1.3. *La realidad según Winnicott*

Desde el nacimiento, el ser humano es víctima de la cuestión de la relación entre lo que se percibe objetivamente y lo que se concibe de manera subjetiva. El individuo sólo podrá resolver este problema en la medida en que su madre lo haya hecho comenzar bien. La zona

intermediaria a la que me refiero, es la que se le concede al niño y que se sitúa entre la creatividad primaria y la percepción objetiva basada en la prueba de realidad. Los fenómenos de transición representan los primeros estadios de la ilusión sin la que un ser humano no atribuye sentido a la idea de una relación con un objeto percibido por los otros como exterior a él [...] Si la madre se adapta suficientemente bien a las necesidades del niño, éste saca de allí la ilusión de que existe una realidad exterior que corresponde a su capacidad personal de crear. En otros términos, lo que la madre provee recubre aquello de lo cual el niño se podría hacer una idea [...] Para el observador, parece que el niño percibe lo que su madre le presenta de hecho, pero allí no está toda la verdad: el niño percibe un seno solamente en la medida en que un seno ha podido ser creado aquí y ahora: no hay intercambio entre la madre y el niño [...] En psicología, la idea de intercambio reposa sobre una ilusión»⁶.

Winnicott renueva la dialéctica entorno/educación/desarrollo de varias maneras. En primer lugar, sería muy interesante retomar las posiciones de Piaget y de M. Klein en cuanto al problema de la realidad : pasaje de una representación del mundo focalizada en el Yo y en la que el punto de vista propio es inmediato y absoluto, a una representación relativizada, en la que el

⁵D. W. Winnicott. *Jeu et réalité*, N.R.F., Collection Connaissance de l'inconscient, p. 21.

⁶ Idem, p. 22.

Yo se concibe como un elemento de un todo cuyas partes no tienen sentido sino por relación con él, para uno; pasaje de una relación con el mundo deformada por el tamiz de las angustias de persecución, a una relación «formada» por la apropiación del mal en sí. Winnicott introduce allí un tercer término, un tercero, como un guía en el pasaje. Este guía, y es el segundo punto, tiene que ver, de manera paradójica, con los usos de la ilusión; entendida aquí no como errores de los sentidos sino como sésamo de la aprehensión del mundo.

Si se va más lejos, y es el tercer punto, se abren a la reflexión perspectivas fértiles: *«una adaptación perfecta es asunto de magia y un objeto cuyo comportamiento es perfecto no vale más que una alucinación»*. No es el adagio «la perfección no es de este mundo», es reconocer que la «madre buena» no es buena y no existe sino en nuestros fantasmas. Reemplacemos «adaptación» por cada uno de los términos de nuestra problemática: tomaremos la medida de los fantasmas que subyacen y perturban nuestros más nobles ideales. Un entorno, una educación y un desarrollo perfectos no existen; lo que existe es los medios que se pueden emplear para que las fallas y las carencias de unos y de otros sean tenidos en cuenta. Es la única manera de atenuar su nocividad.

2. Reflexión sobre los «factores» del desarrollo

He reagrupado los elementos que participarían en el desarrollo a título de

factores, bajo tres rúbricas, en las que se encuentran las preguntas identificadas a propósito de los modelos de desarrollo; como, por ejemplo, las relaciones entre el soma y la psique, las funciones «mediadoras» del entorno próximo y/o lejano, la problemática de la realidad y aquella, asociada, del fantasma, las definiciones de inteligibilidad, el (los) rol(es) de la psicosexualidad, la diferenciación de lo normal y de lo patológico, o, incluso, la socialización y el lenguaje, la inteligencia, la afectividad. La lista no es exhaustiva. Estas tres rúbricas tienen en común el hecho de desembocar en otras preguntas y otras problemáticas.

La primera tiene que ver con las interacciones entre el equipamiento llamado innato y las modalidades llamadas adquiridas de su funcionamiento, y de su «puesta en marcha». La problemática a la que se llega podría titularse: acerca de la conflictividad específica del funcionamiento psíquico. La segunda rúbrica tiene que ver con el (los) rol(es) y función(es) del entorno, en particular el entorno primario—la madre y la pareja de padres. Esta problemática es objeto de debates tan apasionados que se puede, sin exageración, calificarla de polémica. Yo la titularía: acerca de la mitología de las relaciones objetales, empleando deliberadamente la jerga de los psicoanalistas. La tercera rúbrica tiene que ver con los procesos internos del funcionamiento y del desarrollo, más acá o más allá del enfoque estático de la localización y de los cortes cronológicos, a lo que se reducen muy a

menudo, a mi entender, la psicología genética y la psicopatología del niño. Yo titularía esta problemática: en búsqueda del tiempo perdido –o en términos menos literarios, las vicisitudes del cambio. Estas tres rúbricas me sugieren las siguientes reflexiones.

2.1. Las interacciones entre el equipamiento llamado innato y las modalidades llamadas adquiridas de su desarrollo y de su funcionamiento; o: la conflictividad específica del funcionamiento psíquico

El simple comentario de los términos nos va a permitir entrar en seguida en lo más vivo del tema. «Interacción», en el lenguaje corriente, es una palabra que significa «influencia recíproca». Las influencias recíprocas que nos interesan aquí se aplican a dominios heterogéneos y, por esta razón, muy difíciles de comparar; los he denominado lo innato y lo adquirido. De manera regular, estas interacciones son afrontadas y descritas como copias o traslaciones (por no decir extrapolaciones) del crecimiento y del funcionamiento neurofisiológicos, lo que no deja de causar dificultades en la medida en que la estructuración y el funcionamiento del psiquismo son procesos radicalmente aleatorios. La prueba de ello sería, del lado de lo fisiológico, la unicidad de la descripción, y del lado de lo psicológico, su multiplicidad. Sin embargo, ya se trate del sistema de asimilación/acomodación de Piaget, de las líneas de desarrollo de A. Freud, de los organizadores de Spitz, de la teoría de la comunicación o del estructura-

lismo, está presente, de manera más o menos explícita, la referencia común a lo que yo llamaría el cuerpo fisiológico funcional. Todo parece suceder como si fuera lo innato lo que manejara el juego de las influencias recíprocas. Esta primacía hace disminuir la heterogeneidad, pero presenta como inconvenientes constantes el reducir los conflictos a malfuncionamientos, clasificados de entrada en la categoría de lo patológico, y el borrar así el alcance dinámico. En esta perspectiva, lo que se gana en certeza (se conoce más o menos el funcionamiento fisiológico) se pierde en comprensión (de lo psíquico).

«El equipamiento llamado innato». Equipamiento es una palabra fea, con resonancia comercial y de consumo. Hace algunos decenios se decía «capital hereditario», lo que no es de ninguna manera mejor, y muestra bien cómo las palabras cambian con las ideas y las representaciones. Yo he precisado llamarlo innato, porque las fronteras de lo innato retroceden y se vuelven a la vez más imprecisas y más parceladas, en la medida en que la Ciencia, con mayúscula, avanza. Ejemplo : la definición de la muerte. El espejo sin vaho bajo la nariz y el paro de las pulsaciones cardíacas ya no son signos incontestables de la muerte –criterios fiables. Hoy se habla de coma profundo. Los progresos de la ciencia sacuden nuestras certezas y nos llevan a grandes debates que tocan la ética y la moral, como la eutanasia, e incluso los criterios de definición del ser humano. ¿Qué es estar vivo? ¿Alguien está vivo porque unas máquinas

que se suponen controladas por el hombre lo mantienen en estado de funcionamiento? La pregunta es de importancia. Como para el aborto, lo que está en cuestión son las relaciones entre el soma y la psique, el cuerpo y el alma, la materia y el espíritu.

Por el lado de la psicopatología, la historia de las polémicas entre los que sostienen la idea de lo innato y los que sostienen la de lo adquirido es movida y continúa desde hace un poco más de un siglo, ampliada por los aportes del psicoanálisis, aportes que han sido equitativamente recuperados por las dos partes, tanto en críticas como en dogmatismos. Francia tiene representantes en los dos campos. Del lado de los partidarios de lo innato se encuentra a Dupré y sus alumnos, Heuyer, Duché y Debray-Ritsen, para sólo citar a algunos. Del lado de los partidarios de lo adquirido, Francia ha tomado, sobre la marcha, el tren de la antipsiquiatría (escuela inglesa de Laing), pero lo ha seguido bien, con Deleuze, Guattari y Foucault, como también una escuela de inspiración lacaniana. En pocas palabras, y a riesgo de reducir caricaturizando, se puede formular la polémica en los siguientes términos. O bien se considera, con los partidarios de lo innato, que las enfermedades psíquicas, como las otras enfermedades (entender, las «verdaderas» enfermedades, las físicas), tienen un origen orgánico. Simplemente, la ciencia no ha logrado todavía aislar los factores responsables de esas enfermedades—en jerga se diría: identificar los factores patógenos. Pero los encontrará pronto.

Y cuando se haya encontrado el gen de la esquizofrenia, por ejemplo, se podrá afinar tratamientos médicos eficaces. El discurso de Debray-Ritsen es un ejemplo de esta corriente de pensamiento, y puede resumirse de la siguiente manera: su hijo es autista. De acuerdo. Pero no escuche a los psicoanalistas que tratan de culpabilizarlo. No es culpa suya. Como la naturaleza es como es, le cayó a usted el número equivocado, pero no se preocupe, pronto se va a encontrar la medicina que curará a su vástago. En los que sostienen lo adquirido, el discurso es totalmente opuesto. El origen de las enfermedades psíquicas es de orden social y sociológico. El enfermo autista o esquizofrénico es el síntoma de una enfermedad que tiene que ver con el conjunto de las personas de su entorno próximo o lejano. La terapéutica tiene que ver entonces con ellos tanto como con el enfermo, y hay que actuar hacia arriba, al nivel de las condiciones de vida socio-económicas y culturales. Se ve que en ambos casos se trata de vastos programas, tanto más difíciles de poner en práctica cuanto que son vastos, y, a veces, vigorosamente desmentidos por los datos de la «práctica». Por ejemplo, ¿cómo es posible que si la enfermedad psíquica depende de elementos socio-psicológicos, todos los hijos de una familia no sean psicóticos si uno de ellos lo es? La corriente sociogenética (adquirido) y la corriente organicista (innato) son, por lo demás, mutuamente confrontadas porque incluso en el caso de gemelos homocigóticos (nacidos del mismo óvulo), uno puede ser psicótico y el otro no. De la misma mane-

ray en la misma perspectiva, los estudios adelantados sobre el funcionamiento psicológico de sujetos considerados como enfermos mentales (los psicóticos otra vez en primera línea, si se puede decirlo), se han revelado decepcionantes, en todo caso en su globalidad (los progresos de la neurología comienzan sin embargo a poner en duda este tipo de constataciones) porque los enfermos mentales, y en particular los esquizofrénicos y/o psicóticos, tienen un funcionamiento fisiológico, en última instancia, superior al normal. Se comportan como en los libros, son hipernormales más de lo natural, lo que no les conviene ni a los partidarios de lo innato ni, a pesar de las apariencias, a los partidarios de lo adquirido.

En este contexto, parece haber un lugar reservado para la psicósomática según P. Marty, a veces llamada, pomposamente o desconsideradamente según se mire, la escuela de París (lo que significa por lo menos que hay varias escuelas, lo que es prenda reconfortante de validez). La problemática de lo innato y de lo adquirido se encuentra puesta allí de una manera muy particular, porque la dicotomía o el dualismo soma/psique se encuentran abolidos, en beneficio de un cierto tipo de continuo (la palabra jerarquía sería más adecuada, pero implica un juicio de valor del todo ajeno a la perspectiva psicósomática) en el que la graduación depende del grado de complejidad de las unidades de funcionamiento en cuestión. Esta graduación es, sin embargo, estrictamente cuantitativa, porque todas las unidades fun-

cionales en cuestión tienen un alcance funcional de importancia equivalente, en la medida en que dependen intrínsecamente las unas de las otras—y eso va desde los más elementales, los más fundamentales y los más finos intercambios bioquímicos intra e intercelulares, hasta las más elaboradas, las más frágiles y también las más finas operaciones mentales de representación, aun si cualitativamente su registro parece diferente. En esta perspectiva, innato no se opone radicalmente a adquirido, porque es visto más como un potencial (una suma de datos a partir de los cuales el sujeto se organiza) que como un capital hereditariamente transmitido, y por consiguiente, más o menos determinado y determinante (en general, sobre todo más que menos). En psicósomática, a nivel del procedimiento etiológico, se interesan mucho más en determinar la estructura y el tipo de funcionamiento de los procesos que en decidir si son innatos o adquiridos—pues esta decisión es inducida, en la mayoría de los casos, por el postulado implícito de la mayor o menor accesibilidad terapéutica. Accesibilidad que se valida en general *a posteriori*, en función del fracaso o del éxito.

En efecto, la problemática de lo innato y lo adquirido saca a la luz un cierto número de prejuicios, en el sentido propio del término, es decir, ideas sobre las cuales no se reflexiona espontáneamente; como si ellas hubiesen sido construidas de una vez para siempre. Así, hereditario e innato son a menudo sinónimos de la idea (no tengo otra palabra) de

gravedad y de incurabilidad, como si a partir del momento en que un proceso, y no solamente una enfermedad, fuera reconocido como innato, esta característica de organicidad lo volviera más grave y menos curable –que, por ejemplo, enfermedades llamadas psíquicas. Se llega a la accesibilidad terapéutica de la que acaba de ser cuestión. Ahora bien, estas ideas son desmentidas en la realidad de todos los días. El autismo es una enfermedad psíquica en la que rara vez hay lesión orgánica (aunque eso se discute), y sin embargo es muy grave, muy difícil de curar, y son raros los pacientes que salen de ella (sin hablar de las muy pesadas secuelas, que hacen de ellos lo que se llama minusválidos mentales). Inversamente, se ha aprendido a curar, de manera completamente eficaz, enfermedades que se transmitían hereditariamente y se consideraban incurables, como el factor Rhésus negativo (incompatibilidad sanguínea entre la madre y su hijo, que se descubría en el nacimiento). Detrás de la accesibilidad terapéutica, la gravedad y/o la incurabilidad se trata más bien de determinismo, aun si se sale del dominio de la patología. Es así como todo el mundo está de acuerdo en reconocer (porque ahora se sabe) que el color de los ojos o las arrugas de la palma de la mano se transmiten hereditariamente. ¿Pero qué hay de la herencia psíquica? Por ejemplo, ¿la inteligencia o los dones? Después de todo, disponemos todos de los mismos 14 mil millones de células cerebrales, y sin embargo no hay sino un Shakespeare, un Einstein o un Mozart. Dicho de otro modo, un potencial idéntico no da los mismos

resultados o logros según las personas. Dispondríamos así de una especie de margen de maniobra, sin duda, en la medida en que en el ser humano la programación genética y biológica es relativamente menos fija que en los otros animales, pero no solamente. Es tal vez por esta razón, entre otras, que no nos quedamos monos.

En el humano, el potencial innato se actualiza más o menos, y bajo especies diferentes según los diferentes individuos. Es así como se desemboca en la conflictividad del funcionamiento psíquico, que se especificaría por una diversidad posible de respuestas a las situaciones, tanto en el registro de lo normativo como de lo patógeno, es decir, lo que precede lo patológico y puede llegar a serlo. Los psicólogos hablan de inteligencia; Freud, de escogencia de la neurosis, y los somáticos, de terreno (recorto terriblemente, naturalmente). La psicósomática aporta sobre este asunto elementos de reflexión del todo interesantes. Por una parte, considera que esta diversidad potencial de respuestas especificaría el funcionamiento psíquico y mental humano con relación a los otros animales –incluso aquellos que son considerados como los más inteligentes; ya que en su caso escogencia y conflictividad se convierten en sinónimos de neurosis experimental –una locución bárbara que une dos palabras que no tienen nada que ver la una con la otra. Por otra parte, el funcionamiento psíquico y mental, en el caso de una enfermedad psicósomática (pero no solamente, vamos a ver por qué) se

caracterizaría por una disminución, reducción o pérdida de esta diversidad. Ejemplo, lo que Spits, y otros que lo siguen, llaman el cólico de los tres primeros meses. Este problema se manifiesta por el llanto del bebe después de las comidas, llanto que atestigua dolores digestivos-cólicos en el sentido propio. Cuando un recién nacido o un bebé lloran, el abanico de respuestas posibles de los adultos es, teóricamente, bastante variado: se puede dejarlo llorar, darle comida, mecerlo en su cuna, cambiarlo, hacerle mimos, cambiarlo de posición, prender la luz o apagarla, etc., en función de la manera de traducir o interpretar el llanto. Se puede organizar estas respuestas, lo que no he hecho voluntariamente, según lo que yo llamaría el grado de elaboración o de mentalización, yendo, *grosso modo*, de lo más fisiológico (alimentar) a lo más psicológico (hacer un mimo), sin introducir ningún juicio de valor. Ahora bien, se constata que la gran mayoría de las madres cuyos recién nacidos presentan este problema responden al llanto de su bebé de una sola manera, idéntica y repetida a pesar de su ineficacia ulterior manifiesta: le dan de beber leche. ¿Por qué las madres de estos bebés no encuentran otras respuestas? ¿Por qué los bebés de estas madres sufren de cólicos? O, en otros términos, ¿qué tipo de nexos existen entre un cierto tipo de (mal) funcionamiento mental de alguien (aquí, una madre) y un cierto tipo de (mal) funcionamiento fisiológico de otro (aquí, el bebé de esta madre)? Este tipo de preguntas abre todo el campo de la psicósomática, en particular la psicósomática

infantil. La disminución, reducción o pérdida de la diversidad de respuestas a las situaciones tienen que ver con todo el mundo, y no solamente con las personas que sufren una enfermedad psicósomática, porque otra característica del funcionamiento psíquico y mental es ser discontinuo. Eso significa que nosotros no funcionamos de manera idéntica en el tiempo, que incluso los locos no son locos todo el tiempo de la misma manera, y que hay una diferencia entre máximo y óptimo. Volveremos igualmente sobre este punto cuando hablemos del modelo freudiano. Sin embargo, en el caso de las enfermedades psicósomáticas, la discontinuidad se transforma en una continuidad que toma todas las apariencias de una repetición/reproducción, que fijan el funcionamiento en comportamiento y caen de lo normativo en lo patológico.

Esta diversidad posible —en suma, no se está completamente programado, se puede inventar respuestas y soluciones— se encuentra, curiosamente, a nivel de lo biológico. Como es molesta, se la clasifica muy a menudo en lo innato. Pero eso no cambia nada. Ejemplos: la respuesta a un estímulo se hace sea bajo el modo de excitación, sea bajo el de inhibición. ¿Por qué se produce a veces una cosa, a veces la otra? Otro punto que queda por elucidar, a pesar del recurso a lo innato: la repartición de los diferentes tipos de patologías según el sexo. ¿Por qué se encuentran más problemas funcionales de lenguaje en los niños que en las niñas (en quienes los problemas son muy a menudo de una

gravedad mucho más pronunciada)? ¿Por qué los niños son más a menudo neuróticos que las niñas (incluso teniendo en cuenta que la jerga médica llama conformación de los órganos genitales externos)? y ¿por qué hay más niñas que niños anoréxicos, a tal punto que la anorexia de la adolescencia es llamada anorexia mental de las niñas (mientras que los niños que la padecen lo hacen de manera gravísima)? La lista no está terminada.

Un ejemplo más para ver cuán pesada es la carga del potencial de base, capital hereditario o equipamiento innato, poco importa. Se trata menos de la importancia de lo innato que de sus modalidades de actualización y de que por ello, curiosamente, se llama adquirido. Quiero hablar del grado de tonicidad muscular. El tono muscular diferencia a los niños unos de otros desde el nacimiento, y cada uno se enfrenta, a este respecto, a situaciones diferentes, eminentemente individuales. En fin de cuentas, se puede asumir que a un resultado idéntico, o por lo menos percibido como tal desde el exterior, corresponden, en toda verosimilitud y desde el interior, trabajos individuales del todo diferenciados. Así, a uno la obtención de este resultado no le cuesta sino un trabajo psíquico moderado, al otro un trabajo mucho más consecuente. ¿De qué resultado y de qué trabajo se trata? En breve, del manejo y de la ventilación de las excitaciones. Ahora bien, éstas están ligadas, de una manera o de otra, al grado de tono muscular.

Muy globalmente se puede considerar que entre más marcada sea la tonicidad muscular –se es entonces esténico– más se reacciona rápido y a excitaciones de intensidad débil, y más, en consecuencia, el trabajo psíquico es importante. Inversamente, un sujeto asténico reacciona menos rápido y a excitaciones que deben ser más fuertes, para movilizarlo; siendo menor el trabajo psíquico que se debe producir. He escogido los extremos de las posibilidades para hacer más expresivo mi ejemplo, pero en todo estado de la cuestión es evidente que este tipo de datos de base juega un rol no despreciable en la manera de entrar en contacto con el mundo, más o menos del mismo modo que la edad a la cual se comienza a caminar. Alguien como A. Freud va mucho más lejos en la interpretación psicológica de este estado de hecho fisiológico: ella relaciona, en efecto, el grado de tono muscular con las capacidades de tolerancia a la frustración, y liga sin ambages esta última a la sublimación (capacidades de). En claro, entre más un bebé es esténico más problemas tendrá para tolerar la frustración, lo que disminuye sus posibilidades de poder sublimar –o, en todo caso, está confrontado a la exigencia de una mayor producción de trabajo psíquico. A. Freud llega incluso a utilizar la capacidad de tolerancia a la frustración como criterio diagnóstico de diferenciación de lo normal y lo patológico; la referencia a lo fisiológico haciendo oficio de justificación indiscutible.

El aporte de Freud, padre, a este

debate es del todo esencial. Demostrando primero la existencia de procesos psíquicos inconscientes, luego a partir del estudio de las neurosis –en particular de la histeria–, la importancia del rol de la sexualidad en la vida psíquica y la existencia de formas infantiles de la sexualidad, Freud establece una distinción nueva entre lo normal y lo patológico, no ya de orden cualitativo sino cuantitativo. Tal distinción conducía a asignar al conflicto un rol del todo específico en el funcionamiento psíquico. En el fondo, dice Freud, el conflicto no es ni patológico (como espontáneamente se tiene la tendencia a creer), ni normal, simplemente es. Lo que va a hacer la diferencia entre las personas no es que tengan o no conflictos –ya que desde este punto de vista, todo el mundo está bajo el mismo estandarte–, sino cómo se las arreglan –de qué medios disponen, o qué medios escogen para negociarlos, en cantidad y calidad, y en variedad. Además, esta proposición es válida independientemente de la naturaleza, de la fuerza, de la gravedad o de la importancia exteriores del conflicto. Dicho de otro modo, Freud puso radicalmente en cuestión la noción de traumatismo. A este respecto es interesante subrayar que las investigaciones recientes sobre inmunología confortan su posición: el traumatismo se define tanto, si no más, por el tipo de funcionamiento del sujeto (no digo terreno, para no restringirlo a lo somático) que por la apreciación que de él se pueda hacer desde el exterior.

Para concluir, quisiera subrayar un

punto más. La conflictividad específica del funcionamiento psíquico está estrechamente ligada, en mi opinión, a un proceso del que hablamos a propósito de los modelos del desarrollo, a saber, el paso de lo perceptivo a lo representativo. Incluso en los monos a quienes se les enseña a hablar permanece un abismo infranqueable con relación al humano; ya que aprenden un código y señales que no acceden jamás al status de verdadero lenguaje, en la exacta medida en que los códigos y las señales permanecen tributarias y dependientes de la percepción y nunca llegan a independizarse de ella suficientemente como para entrar en el universo de la representación –un universo portador de lo posible, de escogencia y, por tanto, de conflicto. En esta perspectiva, se podría decir que al comienzo era el conflicto.

2.2. El (los) rol(es) y función(es) del entorno, en particular la madre y la pareja de padres, o: la mitología de las relaciones objetales

Con relación a la precedente, esta rúbrica tomaría aires de novedad. Sin embargo, entendámonos bien: desde que los humanos existen siempre han estado confrontados a la necesidad de cuidar y educar a sus hijos, y en ello no hay nada de nuevo. Por el contrario, lo que acaba de salir, con el centenario y sin embargo joven auge de las ciencias humanas, es el descubrimiento de la infancia; y en este dominio el psicoanálisis jugó y juega todavía un papel de primer plano. Una mirada rápida sobre esta evolución en la historia de las ideas muestra que se

pasó de la pedagogía a la psicología, y que los aportes y los descubrimientos del psicoanálisis han alimentado y relanzado las investigaciones y los debates de una manera decisiva. Muy recientemente se añadió al tablero una dimensión, que yo llamaría mediática, de vulgarización de los conocimientos —que ha llevado a una abundancia de libros, de revistas y aun de programas de televisión, más o menos centrados en el descubrimiento del niño. Fuerza reconocer que desde hace poco la infancia se ha convertido en eslabón de arrastre en literatura, como ya lo era en publicidad. Aquí, como en la problemática entre lo innato y lo adquirido, los prejuicios se revelan muy numerosos y fuertemente enraizados.

El primero de estos prejuicios, el que los resume todos y/o sobre el que se recae inevitablemente, tiene que ver con la importancia de los roles de los padres (he puesto en plural voluntariamente). Los datos de fondo del debate son de una simplicidad infantil, si se puede decir: el estado de desarrollo del pequeño humano, en su nacimiento, es tal, que está puesto en una posición de dependencia casi total, por lo menos al principio, respecto de sus progenitores. Ahora bien, los usos que se han hecho de esta simplicidad son del todo interesantes: lo he denominado el instinto materno. En el *Pequeño Larousse Ilustrado* se puede leer en «instinto»: «(del lat. *Instinctus*: excitado). Impulso natural: instinto de conservación. Primer movimiento que dirige los animales en su conducta. En el hombre, sinónimo de

pulsión. De instinto, por instinto, loc. Adv.: por una suerte de intuición, sin reflexión: él ha obrado por instinto más que por la razón». Y en «pulsión», se lee: «(lat. *Pulsus*: impulso). Psicoan. Impulso ciego de las tendencias orgánicas: la pulsión sexual». Volveremos sobre estas definiciones a su debido tiempo, aunque oficialmente la pulsión sexual no tiene nada que ver con el instinto materno, y que en principio no seamos animales (aclaro, no somos guiados por nuestros instintos sino por nuestra reflexión); aun si este género de reflexiones reaviva peligrosamente otro debate, el de —en pocas palabras— la naturaleza y la cultura, y de las modalidades posibles de paso de la una a la otra (debate en el cual participan personas tan respetables y tan diferentes como Freud o Levi-Strauss). Tratemos por el momento de formular las interpretaciones de la dependencia del pequeño humano: en breve; a causa de lo que se llama equivocadamente inmadurez (la madurez se aplica únicamente a la maduración de plantas y frutos), el recién nacido tiene necesidad de su entorno, en primer lugar de su madre (o de la persona que hace función de madre), simplemente para poder sobrevivir —en todo caso en los inicios de su vida. Ahora bien, justamente el instinto haría que la madre «sepa» gestionar esta situación —para utilizar un vocabulario moderno—, y lo sabría gracias a su instinto materno, un conjunto de impulsos naturales, por consiguiente no aprendidos, en virtud de los cuales el niño sobrevivirá y se desarrollará armoniosamente. Sobre esta trama de base cada autor y/o especia-

lista bordará su motivo preferido.

¿Quieren ejemplos? Helos aquí. Primer ejemplo (tomo la cronología como referencia): Rousseau. Fin del s. XVIII, el siglo de las Luces que prenderán la revolución. El hombre es bueno por naturaleza, nos dice Rousseau; es la civilización la que lo pervierte. Volvamos entonces a la madre naturaleza, ella es sabia. En los caminos redentores del retorno a lo natural, lo maternal tiene un lugar privilegiado: Madres, ocúpense de sus recién nacidos, aliméntenlos con la leche de sus senos, no impidan sus movimientos con ajuares, considérenlos como personas, aun si al principio les parecen privados de sentido. Ustedes saben hacer todo eso naturalmente, háganlo, es su rol, y sus hijos llegarán a ser los adultos y ciudadanos responsables del mundo que deseamos. El segundo ejemplo, unos cien años más tarde, y resueltamente menos bucólico, es el de Freud. El dice, en el *Esbozo de una Psicología Científica*: «*La impotencia inicial de los seres humanos es la fuente original de todos los motivos morales*». Impotencia es un término del vocabulario de la filosofía, de la moral y de los valores. A pesar de las apariencias filosóficas, estamos en un registro totalmente distinto del de Rousseau, pues Freud traduce la realidad, mientras que Rousseau trata de inventarla: la dependencia del niño, que Freud interpreta sin ningún equívoco en términos de poder, toma sentido, en adelante, en una dinámica, y por consiguiente, en un conflicto potencial interior; mientras que Rousseau asigna el exterior como el respon-

sable unívoco del conflicto.

Pero ya se trate de Rousseau o de Freud, la traducción del sentido común los aparta. Este ha retenido del psicoanálisis que los orígenes y/o las causas de los desórdenes neuróticos (una expresión que suena bonito pero que sin embargo abarca realidades dolorosas de la enfermedad psíquica) del adulto se encuentran en su infancia. Así, el psicoanálisis potencializa el efecto de anuncio de la infancia, llevando al bebé y a sus padres a una red inextricable de responsabilidades, sea o no el hombre naturalmente bueno. Incluso se produjeron, en el impulso entusiasta de los descubrimientos, ensayos experimentales de aplicaciones pedagógicas de las teorías del psicoanálisis. Los pedagogos hicieron, en pocas palabras, el siguiente razonamiento: el psicoanálisis demostró que los niños son traumatizados por la educación, en particular a nivel de la expresión de sus pulsiones (púdicos y sobreentendidos puntos suspensivos: las pulsiones sexuales, pues parece que existen aunque no las hemos encontrado). Practiquemos entonces una educación que no traumatice a los niños, evitemos las prohibiciones, seamos liberales, nuestros hijos se convertirán en adultos menos neuróticos que nosotros (sus padres). Resultado: cero en todo. Estos niños que una educación conscientemente liberal y liberada había tratado de no traumatizar, se mostraron tan neuróticos como sus padres. La única diferencia consiste en la manera como han manifestado sus neurosis, es decir que cambió la forma pero no el fondo.

Sale la educación liberal. Y el psicoanálisis se convierte o se vuelve a convertir en sospechoso a los ojos de los pedagogos.

Siempre en el capítulo del instinto materno, el psicoanálisis encontró un singular refuerzo por el lado de los etólogos –los especialistas en el estudio de los comportamientos animales. Psicoanalistas, psicólogos y etólogos se encontraron, en los años 1980, alrededor del tema o de la noción generadores de herencia. El gran *Diccionario Enciclopédico Larousse* da la siguiente definición de «herencia»: «Proceso ontogenético que permite en algunas especies la adquisición de caracteres individuales y supraindividuales, cuya expresión está limitada a ciertos períodos privilegiados de la vida del individuo». Gracias a experimentos de aislamiento, C. Lorenz demostró que la posibilidad de reconocer un congénere no es innata sino que se adquiere en momentos privilegiados de la vida del joven, los cuales son períodos sensibles o períodos críticos. Las extrapolaciones de las investigaciones etológicas al desarrollo y al funcionamiento psíquicos humanos estaban al centro del coloquio precitado. La herencia se convertía curiosamente en apego, aunque las opiniones de los expertos participantes fueran rara vez concordantes entre ellos.

Este tipo de traducciones y de extrapolaciones dejan abiertas, porque no verdaderamente abordadas, preguntas que me parecen, sin embargo, del todo esenciales. Por ejemplo, ¿qué es el instinto materno, si en lugar de la madre

gallina o de la madre pato fuera un ser humano el que se presentara durante el período llamado sensible o crítico, y que el pollito o el patito fueran impregnados por él y lo convirtieran en su madre? En verdad, nada de genial, como el mismo Lorenz lo reconoce: los patos que él impregnó no adquieren, a pesar de la sensibilidad del período, los caracteres individuales y supraindividuales de su especie –en claro: por haber tomado un humano como madre están excluidos de la sociedad de los patos, son incapaces de reproducirse, y mueren más rápidamente que los congéneres que este humano les impidió reconocer en el momento previsto –a saber, un momento a la vez propicio y determinado. Esta constatación evoca inmediatamente otra pregunta: ¿puede ponerse sobre el mismo plano, ontogénesis o no, un pollito, un patito y un bebé, y qué puede ser un instinto que se adquiere? Así formulada, la primera parte de la pregunta suscita una reacción espontáneamente negativa. Los trabajos de Bowlby sobre lo que él llama el apego dan, paradójicamente, una caución reflexiva a esta reacción. Bowlby proclama su obediencia psicoanalítica, y sin embargo, lo que él describe consiste, en mi opinión, en un achatamiento y una desviación del sentido fundamental del psicoanálisis, análogos a los de A. Freud: de hecho, una evicción de lo que la noción de inconsciente lleva en ella de perturbador, desestabilizador y creativo a la vez. La segunda parte de la pregunta tiene que ver con la especificidad del animal humano respecto de otros animales.

Además, se trate de herencia o de apego, y teniendo en cuenta los peligros inherentes a toda extrapolación, la situación de referencia es similar: se pone el acento, una vez más a nombre de la mal llamada premadurez, en el rol del impregnante con relación al impregnado –por así decir. Entonces, una de dos: o bien el niño está entre las manos de los adultos como una cera virgen y blanda, y la educación se reduce a un inventario (que se pretende exhaustivo, naturalmente) de las posibles utilidades de este material especial y más o menos maleable. O bien, en una perspectiva que se reclama de la ortodoxia llamada psicoanalítica y, de manera curiosa, tan radicalizante y tan reductora, el niño es considerado como el receptor, el lugar de encuentro y de confrontación de los fantasmas de los adultos –en primer lugar sus padres–, y en sana lógica, la educación se vuelve entonces inútil y superflua. En los dos casos hay, sin embargo, una realidad esencial, permanente y simple que se encuentra confiscada: el niño es del todo un ser humano. Es alguien –aun si sus medios de expresión son diferentes de los del adulto y, en apariencia, más limitados que ellos. Quiero como única prueba de ello, mencionar el increíble impacto de esa serie de emisiones televisadas cuyo título era precisamente «el bebé es una persona». Como si fuera una primicia noticiosa. Y nos enterábamos sobre nuestras queridas cabecitas todavía muy sin pelo para ser rubias. Sin embargo, la magnitud del descubrimiento no puede ser sino la medida de la ignorancia.

Si el rol de los padres, y primero de la madre, se revela cargado de una importancia tan grande, no hay que sorprenderse de que se haya puesto tanto cuidado en definirlo. Sean cuales fueren los autores, incluso los que se sirven del psicoanálisis como de una caución, las descripciones tienen en común un postulado implícito –en otros términos, un prejuicio–, que se parece mucho a un mito: el de la buena madre. En este contexto, las polémicas sobre el instinto materno se reducen a formulaciones, por no decir fórmulas, simplistas. Pero sostener que se trata allí de un instinto –un proceso que marcha solo, innato–, que la madre es buena y debe serlo (para el bienestar de su hijo) resulta de una mezcla de géneros, por lo menos lamentable. Se mezcla así el género y/o el orden del instinto –lo genéticamente programado, donde los procesos existen en sí e independientemente de toda valencia positiva o negativa– y el género y/o el orden de lo psíquico, de lo representado, de la escogencia y del conflicto posibles –donde los procesos existen igualmente en ellos mismos, pero donde son susceptibles de tomar un sentido y un valor (los cuales, sentidos y valores, no son nunca unívocos). Las discusiones sobre el instinto materno no pueden comenzar verdaderamente sino a partir del momento en que se admita –innato y/o adquirido descartados provisionalmente– que no hay buena ni mala madre sino que es una y la misma madre, la cual es al mismo tiempo buena y mala, según los momentos y las circunstancias. Es sobre este dato de base, en mi opinión, que madre e hijo construyen y negocian

su relación. Evidentemente, ésta se complica por el hecho de que bueno y malo son calificativos eminentemente personales, individuales y puntuales, aunque la mayoría de las veces las representaciones sociales y culturales, particularmente pesadas para la circunstancia, imponen significaciones estereotipadas.

Si existe una mitología de las relaciones objetales, como se dice en jerga psicoanalítica, es allí, según toda verosimilitud, donde se sostiene: en esa suerte de poder y de potencia otorgados a la madre, y por difusión, a los padres – omnipotencia, control, poder sobre el niño. Aquí también se está en el derecho de hacerse preguntas, aunque sólo fuera a partir de la aparente y muy obligante presión de lo que cómodamente se llama los estereotipos culturales.

En el caso del mito de la buena madre, ¿se trataría de una transposición, sobre el registro de la realidad psíquica interior, de una realidad inherente a la historia de la humanidad, una reminiscencia o un recuerdo inmemorial de ese tiempo en el que el señor de la casa tenía derecho de vida y de muerte sobre los que vivían en ella? ¿O bien sería una manera como cualquier otra de volver tolerable, al convertirla en su contrario, la experiencia que cada uno de nosotros hace de la dependencia en la cual se encontró respecto de sus padres en su más precoz infancia? La cuestión queda abierta. Sería, sin embargo, desnaturalizar, una vez más, el alcance de los descubrimientos de Freud, no

identificar detrás de todo proceso, fenómeno o representación, el sentido latente que le da su dimensión propiamente psíquica –es decir, portadora de sentidos plurales– eventualmente contradictorios y conflictivos.

La continuación de los prejuicios puede formularse de la siguiente manera: como el niño prematuro tiene tanta necesidad de su entorno, si algo no funciona, la causa no podrá incumbirle sino a este entorno y primero a la madre. De allí a considerarla a ella como principal responsable de los eventuales problemas y dificultades del niño, no hay más que un paso –que se da más fácilmente en cuanto el prejuicio está más implícito. Es, entre otras cosas, este mismo prejuicio, en cuanto avatar del mito de la buena madre, lo que motiva en parte el cuidado incansable con el que se describe el (los) rol(es) de la madre. El instinto materno, debidamente catalogado, se pone en fichas y en recetas, y las dificultades –pues, a pesar de todo se presentan– se consideran como errores en la aplicación de las instrucciones de uso. La prensa especializada está, con respecto a esto, llena de enseñanzas y perpetúa las ideas recibidas: entre más la madre sea buena (siga al guía), mejor se desarrollará su hijo. Winnicott propone una versión de las cosas muy diferente. Para él, contrariamente a las ideas recibidas, la madre suficientemente buena (*the good enough mother*), quien por lo demás no es necesariamente la propia madre del niño, es la que, al principio, se adapta estrechamente a las necesidades del hijo, y que reduce

poco a poco su adaptación, siguiendo la capacidad cada vez mayor del bebé de paliar las fallas de adaptación maternal. En otros términos, la madre suficientemente buena es aquella que, después de haber sido buena, no solamente se convierte en mala, sino que además lo asume. Pues Winnicott llega hasta decir que si una adaptación demasiado completa a las necesidades del niño se prolonga demasiado tiempo, tiene efectos nocivos sobre su desarrollo.

Siempre, a propósito del rol de la madre y de los padres en la patología de su hijo, haré algunas anotaciones. Primero que todo, la responsabilidad, si hay responsabilidad, no es nunca unívoca, sobre todo si se va más allá del nivel del comportamiento: el niño es interlocutor completo en sus relaciones con su entorno, y es mucho menos pasivo de lo que la óptica comportamental lo permitiría pensar. Segundo, una vez más, la existencia de un conflicto no indica una eventual patología sino solamente el carácter particular del funcionamiento psíquico. Finalmente, sobre el plano psicológico, lo interesante y lo importante para la comprensión de la patología se sitúan mucho menos en lo que se hace –comportamiento– que en cómo se hace –funcionamiento. Si los padres, y la madre, juegan un rol en la etiología o causa de los problemas de su hijo, es allí donde se encuentra. Ejemplo: la angustia es a menudo considerada como un criterio de diferenciación de lo normal y lo patológico, y como un elemento patógeno. Ahora bien, todo el mundo está angustiado, en diversos

grados. Lo que va a marcar la diferencia entre las personas, por consiguiente, no será el grado de su angustia, sino su(s) manera(s) de manejarla, y lo que un bebé o un pequeño percibirán es precisamente cómo se negocia la angustia. En el fondo, eso se parece a lo que sucede con la aspirina. Entre más amortiguada, menos mal le hace al estómago. Dicho de otro modo, entre más disponga una madre de medios para arreglárselas con su angustia, más ésta esté tamizada (amortiguada, en cierto modo), menos será nociva para el bebé, quien la percibe a través de este tamiz –y si la madre le transmite algo, es eso: no la angustia en sí, aislada, sino primero que todo los medios de negociarla. Freud no dice otra cosa, a pesar de lo que puedan decir lo que se reclama de él, utilizando el psicoanálisis a su manera, como una caución de seriedad y de cientificidad.

2.3. Los procesos internos del funcionamiento y del desarrollo, las vicisitudes del cambio, o: en búsqueda del tiempo perdido

La problemática temporal se encuentra efectivamente en el corazón de toda aprehensión del funcionamiento psíquico y mental, tanto desde el punto de vista del desarrollo como del de la definición, luego de la diferenciación, de lo normal y lo patológico. Como en las dos rúbricas precedentes, esta aprehensión está impregnada de ideas ya hechas, de las cuales retengo en particular las siguientes: una equivalencia implícita entre armonía y normalidad, y la utilización de nociones de precocidad y

de retardo –relacionadas de hecho sólo a la cronología, como diferencia y diferenciador. Sobre el primer punto, es curioso constatar que la casi totalidad de los autores consideran como obvio que el desarrollo y/o el funcionamiento normales son armoniosos. A. Freud es la única en subrayar, cuando presenta su esquema de las líneas de desarrollo, que la limpidez armoniosa del esquema teórico no se encuentra en la realidad práctica de la vida de todos los días. Añade que las desarmonías son normativas, mientras el desequilibrio no sea excesivo. Se ve entonces cómo la noción de armonía compromete la de equilibrio, cara a los teóricos de la psicología del niño, y consagra la secuencia armonía/equilibrio/normalidad, cuyo corolario, no explícitamente formulado es: desarmonía/desequilibrio/anormalidad. Existen sin embargo desarmonías y desequilibrios que no son considerados como anormales, mientras que sean manejados siguiendo un arreglo tal que lo que Freud llama el aparato psíquico continúe funcionando, y sea cual sea el precio del funcionamiento. En otros términos, armonía o normalidad se refieren a una apreciación primero interior y personal, pues lo que le conviene a uno no necesariamente le conviene a otro.

La utilización de las nociones de precocidad y de retardo prolonga y desarrolla las cuestiones que acaban de ser bosquejadas. La primera de ellas se refiere al patrón de medida del tiempo. Hasta ahora el único patrón utilizado es cronológico. Es así como los tests de inteli-

gencia y de aptitud tienen por base y como patrón, sea cual sea la complejidad de los cálculos que implican, el estado civil. Este estado de cosas tiene consecuencias desastrosas, en particular cuando se busca diferenciar lo normal de lo patológico. Ejemplo: tengo tres años, estoy con Mamá, que va a comprar pan. En la panadería también hay dulces, y yo quiero una chupeta. Pero Mamá no quiere, entonces yo protesto. En ese caso, siempre hay almas buenas para murmurar que la educación ya no es lo que era y que en mi época los niños eran mejor educados. Pero en conjunto, las almas, buenas o malas, mueven la cabeza y consideran que eso me pasará –cuando crezca, naturalmente. Si tengo ocho o nueve años y protesto de la misma manera, las almas buenas y las otras juzgarán juntas que estoy muy grande para comportarme de esa manera, y que no es normal. En patología, este tipo de manifestación se etiqueta «problema del carácter». Otro ejemplo: lo que se califica, faltos de términos más adecuados, de retardo del lenguaje, corresponde casi punto por punto a la descripción de las etapas de la adquisición del lenguaje; de manera que si me expreso de esta manera a los tres años, es normal, pero si tengo siete años se vuelve patológico. La situación es tanto más compleja cuanto que ninguno de los especialistas del lenguaje tiene la misma opinión que sus colegas en cuanto a la edad precisa a partir de la cual se puede decir de un niño, que habla (y además, que habla normalmente): ¿de la primera palabra?, ¿de la primera frase? ¿Cómo definir esta

palabra y esta frase? Si es tan complicado definir lo normal, cuánto más lo será para lo patológico –lo cual es constantemente referido a lo normal, mientras que se sirven muy a menudo de ocasiones de estudio que son lo patológico para tener acceso a un normal que sigue siendo, en la mayoría de los casos, inaccesible, mal conocido e incluso desconocido.

El eventual rol etiológico de los padres, cuando se lo mira desde el punto de vista de la problemática temporal, toma otra dimensión. Si se retoma la idea, desarrollada en psicósomática, de una función maternal consistente en gestionar, de manera necesariamente transitoria, las necesidades fisiológicas y psicológicas del niño, se encuentran juntas las nociones de normal, de armonía, de precocidad y de retardo. De hecho, la cuestión es muy simple y se refiere al fin de la citada gestión: ¿cómo termina? ¿Cómo y cuándo pasar el mando al niño? *A priori* y teóricamente, una transmisión de poder demasiado precoz o demasiado tardía tiene consecuencias idénticamente patógenas; es decir, puede implicar una patología del funcionamiento psíquico. Tiene también efectos idénticos de carencia, pues la carencia no es solamente un no lo suficiente (es su acepción fisiológica), sino también un demasiado, lo que le restituye su dimensión radicalmente cuantitativa a los procesos psíquicos y se une a la proposición freudiana de una diferencia cuantitativa y no cualitativa entre lo normal y lo patológico.

El pasaje de la teoría a la práctica es aquí fácil; una vez no hace costumbre. La psicopatología infantil, en efecto, ofrece en la materia muy numerosos ejemplos. En el dominio de la psicosis tomaré tres ejemplos. M. Mahler, en su trabajo sobre las psicosis infantiles precoces, ilustra el caso en que el entorno primario delega demasiado tarde o no delega al niño la gestión de su propio funcionamiento. Estamos en el registro de la carencia en demasía –que se une, con las diferencias terminológicas, a la inflación lacaniana desarrollada alrededor del deseo del Otro. M. Mahler habla de simbiosis (aun una referencia a lo fisiológico), de separación/individua-ción y de autonomía; mezclando constantemente lo normal y lo patológico, calcado el segundo sobre el primero (modelo teórico, naturalmente). Por ejemplo, ella habla de psicosis simbiótica, vertiente patológica, porque demasiado prolongada, de la vertiente considerada como normal –el periodo simbiótico de la relación madre-hijo. La teorización de B. Bettelheim ilustra el caso en el que el no lo suficiente y el demasiado se anularían por su doble y contradictoria presencia. Para él, la esencia de la psicosis infantil se debe al hecho de que la madre y los padres permanecen indiferentes a las tentativas del niño de entrar en relación con ellos y con el mundo. En este contexto, ni siquiera es asunto de gestión, ni de transmisión de poder. Finalmente, con la descripción del falso-self, Winnicott ilustra el caso en el que el entorno pasaría el mando demasiado temprano al niño, quien se encuentra entonces obligado a reaccio-

nar en vez de existir. Volveremos a ello en detalle cuando hablemos de Winnicott. En el dominio de las neurosis, la relación particular que se descubre entre la madre y su hijo, en el caso de las fobias escolares corresponde a la carencia en demasía y a una dificultad muy grande, para la madre, de otorgar al niño la gestión de su funcionamiento psíquico.

Sin embargo, no hay que olvidar que las fronteras entre lo normal y lo patológico son muy frágiles y muy cambiantes en el niño. Incluso en el registro de lo normal se lo puede identificar. He escogido un ejemplo en la vida más cotidiana y más banal: se trata de las actitudes maternas posibles frente a las experiencias que hace un niño que comienza a caminar. Estas actitudes son la traducción de representaciones significativas, justamente desde el punto de vista de la mal llamada autonomía del niño. Ensayando a caminar, el pequeño se golpea contra alguna cosa y se cae. No tomo sino dos opciones extremas, en aras de la claridad de la exposición. O bien, me precipito, levanto al niño antes de que haya tenido el tiempo de darse cuenta de lo que pasó, y lo consiento, mi pobre pequeño, te golpeaste contra la mesa, oh qué mesa tan mala, ves, hay que escuchar a Mamá y tener cuidado (traducción: este mundo es peligroso; harías mejor en escucharme, a mí, tu madre; no podrás salir adelante si no sigues mis consejos). O bien, dejo que el niño se levante, asegurándome de que lo puede hacer sólo, y le digo, mi pobre viejo, te hiciste daño, qué quieres,

así es la vida, así es como se aprende a vivir (traducción : si quieres compartir tus experiencias conmigo y contarme tus pesares, estoy lista). Pero lo más interesante en esta historia, es –si se pone verdaderamente atención uno se da cuenta– la actitud del niño: cuando se cae y le duele, hay una fracción de segundos durante la cual se vuelve hacia su madre, como si quisiera leer en su rostro las indicaciones sobre la conducta que debe tener y seguir, y los gritos y llantos no vienen sino después de esta ínfima fracción de tiempo.

3. Conclusión

¿Qué hilos hemos tirado en la madeja de la comprensión? Solamente hilos que tejen la tela de otros interrogantes: el del peso de las representaciones y de la ideología en los modelos de desarrollo, a partir de la cuestión de la realidad; el de lo conflictivo del funcionamiento psíquico, a partir de la polémica entre lo innato y lo adquirido; el de la mitología de las relaciones objetales, a partir de los roles del entorno próximo y lejano; el de la búsqueda del tiempo perdido, a partir de la aprehensión de los procesos temporales.

Tiempo, historia, memoria: hoy no tiene sentido sino con relación a ayer. Desde los dos lados del Atlántico, una vez más, nuestro pasado es idénticamente pesado; antiguo y nuevo mundo reunidos en la trágica constatación de que la historia tartamudea y se repite, desde la llamada Gran Guerra a la Segunda Guerra Mundial, pasando por

el Chile de Pinochet, Camboya, y más recientemente Yugoslavia, Ruanda o Algeria. Hubiera querido demostrar que podríamos, si nos reuniéramos, todos y cada uno desde el lugar que el destino le

ha asignado, esperar frenar, si no parar, este tartamudeo y esta repetición, para poder afrontar la mirada de nuestros hijos.